y muy bien preparado, confesóse con gran claridad por unos cordelitos anudados que le servían de memoria, interrumpiendo á ratos con tantas lágrimas que hacía llorar al mismo confesor, el cual con muestras de grande afabilidad le iba animando y el penitente á ratos le cogía las manos y se las besaba rogándole con lágrimas le ayudase, y á ratos se le echaba á los pies deshaciéndose de ternura. Acabado de confesar y recibir la absolución quedó tan sosegado de haberse confesado, que trocó las lágrimas de dolor en otras de alegría y agradecimiento, de suerte que se echaba bien de ver la gracia que había recibido. Acudió algunos días al Padre que le fuese ilustrando cómo había de vivir en adelante, viniendo siempre con más sentimiento y con mayor consuelo, con que prosiguió su vida con mucha enmienda en ella, y quedó remediada esta alma por medio de los sermones del P. Juan de Tovar. Y él mismo solía decir que aunque era gran pecador, pero que confiaba en Dios que le había de dar el cielo por las oraciones de muchos indios que se habían salvado por su medio. Gustaban tanto de oirlo, no sólo los indios que lo buscaban aun de muy lejos, sino otros religiosos que sabían la lengua mexicana, que lo llamaban y convidaban para que predicase en sus conventos y otros beneficiados eclesiásticos en sus doctrinas y partidos.

Sucedió en aquel tiempo en México un cocolixtle (género de peste entre los indios) de que murió mucha gente, ocasión en que tuvo grande empleo el santo celo y caridad con los prójimos del P. Juan de Tovar. Trabajó grandemente ayudándoles, así en sus almas como en el sustento de sus cuerpos, dando vuelta todos los días por todos los barrios donde corría la enfermedad, ayudaba á sacramentarlos, llevábales de comer y regalos con que aliviarlos, y por este medio libró á muchos que á no haber tenido este socorro en esta ocasión y necesidad, hubieran muerto y perecido.

Los postreros años de su vida perdió la vista y quedó ciego, pero no por eso perdió el celo de ayudar á la salvación de sus indios, y así aun en este tiempo, los domingos en la tarde guiándole algún indio del brazo se hacía llevar á la Iglesia de San Gregorio, subía al púlpito y proseguía con sus sermones y pláticas, y sus indios en oirle; y con ser ya de 80 años de edad y ciego, el año antes en que murió les predicó en algunas fiestas y la Cuaresma sin cesar en este su santo ministerio, hasta que creciendo la enfermedad quedó del todo imposibilitado de predicar á los pobres y sus queridos indios, los cuales después de muerto no acababan de llorar la falta de un tan insigne predicador, confesor y Ministro que Dios les había dado para confirmar en la fe á los que aun todavía eran nuevos en ella para que mejor entendiesen sus divinos misterios y hacerlos capaces de ellos, y por ese medio encaminarlos al cielo, ministerios en que felicísimamente se empleó por tanto número de años el venerable P. Juan de Tovar.

§ III

Virtudes excelentes que en este evangélico Ministro resplandecieron.

Por ser una de las principales virtudes que en el P. Juan de Tovar se hallaron, una singularísima devoción á la Santísima Virgen, co-

menzaremos por ella. Fué tiernísimo el afecto, de amor y reverencia que tuvo á la Reina del cielo, á quien siempre llamaba su Señora y de sólo oirla nombrar se enternecía sumamente, y con sus afectos componía á otros que lo acompañaban algunas veces cuando iba fuera y lo que les trataba por el camino eran excelencias de esta Señora, con que los movía tanto en su devoción, que volviendo á casa la pegaban á otros y les decían lo mucho que sus palabras encendidas en esta devoción habían obrado en sus corazones. Y lo mismo le acontecía en pláticas y coloquios familiares que tenía con los de casa que iban enderezados á este fin y así se veían los buenos efectos en los que le trataban y comunicaban. Rezábale entre otras devociones con particular afecto su rosario, y esto algunas veces en voz alta y que se oía de lejos, con que á los que le oían movía á esa misma devoción. Rezábale hincado de rodillas en medio de su aposento, sin que se pudiese arrimar á parte ninguna, y esto aun en su mucha vejez, pero cuando aún tenía más fuerzas se bajaba á la Iglesia y del mismo modo en voz alta y de rodillas le rezaba, yendo algunos de industria á oirle para entrar con eso en devoción. Sucedióme á mí alguna vez, estando á mi cargo el Colegio de México entrar á visitar al santo viejo á su aposento y hallarle de rodillas aun cuando estaba con tan pocas fuerzas que apenas se podía tener en pie, y preguntándole yo: qué hace vuestra reverente Paternidad Juan de Tovar? lo que me respondía lleno de consuelo era con esta exclamación: «Ah Padre, que estoy rezando estas Ave Marías, que no hay almendras ni cosa tan dulce y suave como ellas son.» Tal era el gusto que recibía de saludar y conversar con su devotísima Señora Madre de Dios.

Llamaba consigo á esta devoción á algunos indizuelos que le ayudaban en su aposento y les enseñaba cómo habían de rezar el Rosario juntamente con él, y después así enseñados se quedaban ellos con esa misma devoción. El tiempo que vivía en Tepotzotlán, los domingos y días de fiesta que se juntaba el pueblo á oir sus sermones, juntamente y en voz alta rezaba el Rosario con él, y les iba diciendo y declarando los misterios que en él se encierran. Y este ejercicio les fué de mucho provecho, quedando la gente enseñada á rezarle en sus casas, cuando no se juntaban en la Iglesia, con la misma devoción. Cuando pasaba por lugares ó partes donde estaba la imagen de Nuestra Señora, se hincaba de rodillas y le hacía una breve salutación, y principalmente hacía esto con una imagen de la Virgen colocada en una escalera de este Colegio que es paso muy frecuente para la comunidad. En los sermones que se le ofrecían de Nuestra Señora ponía mayor cuidado en predicar sus alabanzas y excelencias, y algunos días antes se prevenía para ellas, rogando á los de casa le ayudasen con sus oraciones y le pidiesen á la Santísima Virgen le ayudase y le diese para alabarla como su grandeza merecía; y lográbasele muy bien esta su humildad y devoción, porque siendo extremado en la lengua, estos días se excedía á sí mismo, y estos eran los sermones de que él quedaba más pagado, porque en ellos se mostraba más agradecido á Nuestro Señor y á su Madre Santísima. Tuvo por devoción mientras le duraron las fuerzas, ir algunas veces entre año á visitar algunas de las Iglesias y Santuarios devotos dedicados á la Santísima Virgen, como el de los Remedios, Guadalupe y de la Piedad, que son muy célebres en México. Allí daba largas á su afecto y devoción, y en estas visitas

era tan regalado de la Virgen, como lo reparaban los compañeros; no parecía que acertaba á salir de la Iglesia ni apartarse del altar, y en el Convento de la Piedad salían admirados los religiosos de Santo Domingo que allí viven, oyendo las salutaciones tiernas y devotas que á la Virgen le hacía con su singular devoción; y fué cosa particular la que se le notó en su enfermedad, porque habiendo llegado á estado que algunas veces no hablaba con consecuencia, pero en nombrándole á la Virgen y tratándole de esta Señora, era cosa particular cuán en sí estaba y con qué consecuencia hablaba y se enternecía, y mostraba el afecto de su corazón, y aun cuando ya no podía hablar (que fué algunos días antes de su muerte) sólo el oir el nombre de esta Virgen Santísima le hacía volver en sí y abrir los ojos, mostrando con señas ya que no podía con palabras, su interior afecto y devoción.

La que tuvo á Santa Ana por ser Madre de la Santísima Virgen, á San Miguel y al Angel de la Guarda y á otros muchos Santos, fué también muy grande, á quienes rezaba sus antífonas y oraciones con algunos Pater noster y Ave Marías, y era tanto el número de devociones que repetía, que algunos que lo sabían y oían algunas veces, (porque también las decía en voz alta) se admiraban tuviese tiempo para poder cumplirlas todas, y en ellas era tan puntual que no se había de acostar aunque fuese muy tarde sin haberlas puesto en ejecución. Aconteciόle ir á predicar á Ixtapalapa, que está á dos leguas de México, y habiendo trabajado mucho y acabado muy tarde con los oficios y ministerios, y no pudiendo excusar algunos cumplimientos que se ofrecieron con el Beneficiado y otras personas del lugar, y siendo muy noche, con todo, no había de dispensar con sus devociones, y llamándole su compañero para que se fuese á descansar del trabajo del día por ser ya tan tarde, no lo podía alcanzar de él, dándole por respuesta que no había acabado con sus devociones ni lo haría hasta acabarlas, lo cual sería cerca de media noche.

Con el Santísimo Sacramento fué también grande su devoción, y nunca que estuvo bueno dejó de decir Misa cada día, estando en ella con grande atención, á que se seguían las gracias, y lo que más sentía cuando perdió la vista fué no poderla decir. Buscó muchos medios para suplir esta falta poniendo mucho cuidado en los días que había de comulgar, previniéndose muy de mañana procurando reconciliarse el día antes para que no hubiese cosa que le pudiese detener para recibir al Señor, y si le decían que bastaba reconciliarse á la mañana, respondía que deseaba estar con quietud, y así rogaba al confesor le reconciliase la tarde antes, entreteniéndose con la esperanza de que el día siguiente había de comulgar. Cuando cayó más de golpe y le apretó más la enfermedad, procuraba no se le pasase el día de la comunión, y el que lo era se levantaba antes de media noche esperando se le llegase el tiempo de recibir aquel divino manjar, y aunque le querían ir á la mano en estas madrugadas, mientras tuvo algo de más fuerza no se podía contener. Cuando ya no se pudo levantar y le traían el Santísimo Sacramento, al punto agradecía mucho este beneficio, diciendo que con tal huésped no sentía otros trabajos y achaques que daban pena, y que sólo era éste el consuelo que en la tierra podía tener.

Fué extremado su retiro en los seis años últimos de su vida en que perpetuamente estuvo encerrado en su aposento, y casi siempre á puerta y ventana cerrada sin salir de él sino para oir Misa, comulgar y

á oir sermón, y parecía imposible que asistiese en él tanto tiempo y con tanto gusto, si no hubiera mucho de Dios que le entretuviese en él. Casi todo el día, se estaba en oración mental y vocal, y esto, aun siendo tan viejo y entre tantos achaques, siempre de rodillas y desarrimado, y en esta postura lo hallaban los que por alguna causa iban á visitarlo, y á los que así llegaban procuraba despedir presto, diciendo que le faltaba mucho que hacer, y su ocupación no era otra que la de sus devociones. Muy raras veces admitía los ratos de quiete ó recreación que se usan en la Compañía, y nunca los pidió, y si se los ofrecían los rehusaba, y si alguna vez los admitía era para que en aquel tiempo un Hermano le leyese lección espiritual, el demás tiempo se las hacía á solas con Nuestro Señor, y como tan bien acompañado con su Majestad y santos sus devotos, no gustaba ya de otra conversación, y quedó tan habituado de todo este tiempo á su santo ejercicio, que ya en los últimos días de su vida, cuando no podía bien hablar ni mover las manos, así medio entre dientes con el mover de los labios y acciones que podía hacer, se echaba de ver que llamaba á Nuestro Señor y se procuraba persignar, y sólo el oir el nombre de Jesús y de María parecía que le hacían volver en sí.

Llevó con extremada paciencia el trabajo que Dios le dió de quitarle la vista casi 6 años antes de morir, conformándose con la divina voluntad en esto y otros achaques que padecía, dándole gracias por ellos; y si bien estuvo tantos años enfermo, no admitía regalo para su comida, contentándose con el ordinario de la comunidad, y cuando alguna vez le daban algo particular, hacía instancia para que lo excusasen, y si los Superiores le preguntaban si había menester algo, su respuesta con mucha alegría era: que todo le sobraba y nada había menester. Agradecía mucho lo que con él se hacía en su enfermedad, y aunque mostraba esto con todos los que le acudían, particularmente con un muchacho indizuelo que le servía más inmediatamente, diciendo le estaba en obligación porque le sufría muchas cosas y sus impertinencias, lo cual decía el Padre por su mucha humildad. Fué muy parco de ordinario en su comida el P. Juan de Tovar, y algunos días en la enfermedad se la quitaba del todo por devoción de alguna fiesta, procurando que no lo entendiesen los Superiores porque no se lo estorbasen. Y en su muerte se echó bien de ver cuán observante y amigo fué de la santa pobreza, pues no se halló más que su vestido precisamente y un cartapacio pobre de algunas cosas de la lengua mexicana, y esto fué todo el caudal y ajuar que tuvo en la tierra este siervo de Dios.

§ IV

Dichosa muerte del venerable P. Juan de Tovar, y algunas cosas que se notaron en prueba de su santidad.

Tan gloriosos y colmados trabajos por tantos años continuados, tantos ejercicios de virtudes como las que hasta el fin de su santa vida ejercitó el P. Juan de Tovar, claro está que se habían de venir á rematar en una dichosa y santa muerte, como la tuvo recibidos todos los santos sacramentos, asistiéndole toda la comunidad del Colegio, que

sintió tiernamente la ausencia de un tan santo y edificativo varón. Tan amable, que jamás dentro ni fuera de casa hubo quien se quejase de él, porque para todos fué de muy apacible condición y á boca llena le llamaban el santo Tovar. Y los que aún dieron mayores muestras de sentimiento fueron los indios de la grande nación mexicana, que lloraba la falta de su grande y antiguo predicador, y así á su entierro concurrió mucha gente con sus gobernadores, vecinos de México y sus principales, que en voz alta le lloraban, y reconocidos al amor que siempre les tuvo, le hicieron decir muchas Misas cantadas y otras le mandaron decir rezadas, cada uno conforme á su posibilidad. A que se añadió que las Congregaciones de indios que están fundadas en la Iglesia de San Gregorio, donde tantos años predicó, vinieron con grande cantidad de candelas de cera á asistir á su entierro, que por esta causa se hubo de hacer con más solemnidad de la que con nuestros religiosos comunmente se usa. Y los Prebendados de la santa Iglesia Catedral de México hubieran acudido al entierro del P. Juan de Tovar (como ellos mismos lo dijeron), como á Hermano y Prebendado que fué suyo cuando entró en la Compañía, y lo dejaron de hacer por no haber sabido de su muerte y por haber vivido el Padre los postreros años de su vida retirado de toda comunicación, y si con algunos trataba era con sus indios, que fué la mies donde tan abundantes frutos cogió. Murió el venerable P. Juan de Tovar el año de 1626, y de 83 de edad y 53 de religión, y de ellos los 36 de profesión de cuatro votos de la Compañía. Descansa su cuerpo en la Iglesia de nuestro Colegio de México, donde fué morador y ejercitó sus santos ministerios, los más años de su vida.

Y no se deben dejar de referir aquí algunas cosas y casos más que ordinarios que le sucedieron y fueron argumento de su santidad, y aunque no escribiremos más que dos ó tres de ellos, se puede colegir que tuvo otros que él por su mucha humildad calló. Fué á él una vez un Hermano de casa con una grande aflicción y desconsuelo, y sólo con entrar en su aposento y sin haber dicho nada, se halló muy trocado y consolado, y estuvo grande rato hablando con él cosas de Nuestro Señor que para su consuelo le podían ayudar. Después de lo cual declaró el Hermano cómo había ido á comunicarle cierta aflicción que tenía, y él le respondió: «Vaya, Hermano, que ya tiene lo que há menester; tenga de aquí en adelante corazón ancho;» con que él coligió que había conocido su trabajo antes de haberlo comunicado al P. Juan de Tovar.

Pidióle una vez un indio de los que le comunicaban mucho un papel para unos religiosos, sobre que le hiciesen volver unos quetzales de plumería por ser aquellos muy particulares, que es cosa entre los indios de estima y valor, y se los habían ocultado. Respondióle el Padre que habían de hacer poco caso de su papel, que mejor sería encomendarlo á Dios, y que así lo haría él, que volviese la mañana siguiente por la respuesta; volvió y díjole que fuese por tal calle señalándole la de las casas arzobispales, que en el camino encontraría con lo que buscaba. Salió el indio y al dar la vuelta por la calle que le dijo el P. Tovar, encontró un hombre que llevaba lo que buscaba y por lo que andaba afligido, con que quedó muy consolado y lo pudo cobrar. Este mismo indio le pidió otra vez que encomendase á Dios á una parienta difunta; prometióle de hacer, y preguntándole después

si lo había hecho, dijo: que ya la difunta hacía algunos meses que estaba en el cielo gozando de Dios. Y aunque estas demostraciones dichas eran argumento del trato familiar que tenía con Dios Nuestro Señor y de la santidad del P. Juan de Tovar, pero en lo que su Majestad le hizo más ilustre y lo que sin duda aumentó con grandes ventajas sus merecimientos, fué aquel celo grande y espíritu que Dios le comunicó para atraer á su divino conocimiento y de los misterios, santos de nuestra santa fe á los indios naturales con el grande fruto de sus sermones, siendo el menor el de lágrimas y sollozos muchas veces, que lo oían y mayor la mudanza que hacían de sus costumbres y mejora de sus vidas, dando por bien empleado el trabajo del camino de tres y cuatro leguas, á veces de diez y quince leguas por consultarle y gozar de su santa doctrina. Y días hubo que para coger el fruto de ella era menester asistir dos ó tres Padres confesores en el confesonario para oir de penitencia á los que traía la doctrina del insigne P. Juan de Tovar.

CAPITULO XXVII.

Vida del religioso P. Ignacio de Zavala. Año de 1630.

Nació el P. Ignacio de Zavala en la ciudad de Oaxaca, de linaje muy principal en aquella república, y desde sus tiernos años mostró tal compostura de costumbres, que decían de él que había nacido la modestia religiosa con él. Vino á la ciudad de México á oir curso de artes al Seminario de San Ildefonso, y fué en él un ejemplar de toda virtud, y así todos le amaban y admiraban en un mozo seglar tal proceder de religioso, de suerte que pretendiendo después la Compañía y habiendo entrado en ella, no parecía que había mudado más que el traje seglar. Recibióle el Padre Vice-Provincial Martín Pelaez con particular gusto por los frutos que prometía esta nueva planta, y nunca le engañó su esperanza, porque apenas recibido en nuestra Compañía se había ajustado á sus reglas, de tal manera que parecía nacido para ellas, y esto con tanto tesón que jamás se le notó quiebra alguna aun de las muy pequeñas. Salido de su noviciado leyó luego gramática en la Puebla y prosiguió después el hilo de sus estudios en el Colegio de México, muy á satisfacción de los Padres, Maestros y discípulos por los ejercicios públicos de letras que tuvo, sin que por el cuidado que en esto ponía, aflojase un punto en lo que tocaba á su aprovechamiento espiritual. Después, ordenado de sacerdote, tuvo su tercera probación, y tan á satisfacción de todos, que el Padre Maestro de novicios que era el P. Luis de Ahumada, lo pidió con instancia para Ministro de su casa, y habiéndolo alcanzado, solía decir: había sido inspiración del cielo el haberlo pedido, porque cada día descubría nuevas y preciosas virtudes en él. Labrábale el Señor con continuas y recias jaquecas, y otros achaques que aunque los disimulaba su paciencia, la flaqueza de su cuerpo los descubría. En la obediencia y rendimiento se señalaba sin que su querer fuera otro que el de su Superior, y no parece que sabía discurrir en contra de cualquiera cosa que le ordenase. En su oración no juzgara interrupción